

tu madre de los preparativos que se hacían en Santiago para las flores de Mayo, tú y yo hablábamos de las rosas que comenzaban á entreabrirse en aquellos jardinillos. Dos letras seguidas de una interrogante rabiaban por escaparse de mis labios, y al fin se escaparon temblando de incertidumbre. ¿Sí? te pregunté lacónica y tímidamente, y... sí, me contestaste bajando los ojos y poniéndote tan colorada como las rosas objeto de nuestras murmuraciones. Pero dejemos ya estos dulces recuerdos, y vamos, Mari-Santa mía, á lo que hoy me había propuesto decirte. Cuanto más te he ido conociendo, me he ido convenciendo más y más de que en este buquecillo en que hacemos el resto del viaje de la vida, procurando los dos de consuno que sea lo más próspero posible, aunque haya un patron, que soy yo, debe mandar un marinero, que eres tú.

— ¿Pero estás loco, Juan?... El marido no debe renunciar...

— No hay aquí renuncia que valga; lo que hay y debe haber es delegación. Sin tenerme yo por un inepto para el gobierno de la casa, reconozco en tí superioridad muy grande para ese gobierno, y te le encomiendo, reservándome sólo el de todo aquello que es impropio de una mujer. Harta ocupación voy á tener durante mucho tiempo en el arreglo de los bienes que heredaste de tu bondadoso, pero desordenado padre, y en el de mis intereses, que descuidé durante el año escaso de novio y el año largo de casado, para no pensar más que en tí.

— Juan, doy todo el infinito valor que tiene á ese nuevo testimonio de cariño y confianza que me das, y pro-

curaré que no te arrepientas de haber consentido que donde había patron mandase marinero.

Dar á conocer estos antecedentes de la vida de Mari-Santa era poco ménos que indispensable para que este libro, lleno de defectos, no empezase á tenerlos de órdago en su mismo título.

IX.

LA VISITA.

Una mañana, cuatro días despues, me encaminé á Abando por el árbol Gordo. Gratas son las mañanas y las tardes de Abril y Mayo en nuestros valles y montañas del litoral cantábrico, y algunas horas ántes de tomar la pluma para escribir este capítulo he tenido ocasion de recordarlo, viendo los campos que rodean á Madrid, áridos, secos, desolados, á pesar de que corren los primeros días de Junio, única estación en que suelen vestirse de un poco de verdura, que San Isidro trae y San Juan se lleva.

El viento del Sur que madura la uva, las castañas, las manzanas y el maíz, empieza á soplar á fines de Agosto, y es demasiado desapacible y cálido para los que tenemos el cuerpo lleno de cuerdas de guitarra que vibran sin compasión á su soplo; pero en los no escasos días en que el viento castaño, como allí se le llama, se está por sus arenas de África, ¡qué grato es recorrer nuestros campos y aldeas! Las muchachas rien y cantan en las vendimias; las mujeres casadas charlan y entonan

tambien sus cantares arrancando la dorada espiga en los maizales y amontonándola en la linde de la heredad; los hombres van y vienen con la aijada al hombro y la pipa y el ¡*aida, górrri!* (1) en los labios, arreando y guiando sus yuntas de bueyes, que conducen á la casería el mejor oro que ha venido de América, pues tiene la propiedad de germinar, y crecer, y multiplicarse, y madurar en nuestros frescos y templados valles con tal que se le riegue un poco con el sudor de la frente; los chicos están en sus glorias apedreando los castaños y los nogales para llenar el *colco* (2) de castañas y nueces, y hasta los *chimbo*s y los chimberos (3) se creen felices, los primeros engordando con el dulce fruto de la higuera, y los segundos viéndolos engordar para morir.

Yo no sé qué grata semejanza encuentro entre la edad madura del año y la edad madura del hombre, ambas enriquecidas y embellecidas con la sazón de sus frutos, y ambas partícipes de la graciosa y risueña lozanía del verano, y de la augusta y triste debilidad del invierno.

Pensando esto y sintiendo mucho más llegué á Gorostiza, con cuyo nombre se conocía la linda casa de campo de mis nuevos amigos, por ser propiedad de D. Juan de Gorostiza, que en el cuidado de su embellecimiento se había entretenido no poco tiempo en sus primeros años de casado.

(1) «¡Tira, rojo!» con que se arrea á la yunta de bueyes.

(2) «El seno», á cuyo efecto aflojan la camisa para que les sirva de recipiente.

(3) Chimbo son los becafigos, á cuya caza son muy aficionados los bilbaínos.

Cada casería aislada ó cada grupo de ellas, tiene en Vizcaya su nombre particular, que se funda, cuando es antiguo, en la condición más característica de la localidad, y cuando es moderno, en el apellido del fundador ó poseedor. Como antiguamente éste tomaba apellido de la casa que fundaba ó en que vivía, resulta una cosa muy curiosa en los apellidos vascongados, tan esparcidos por toda España y los estados hispano-americanos: que son descriptivos de las condiciones más caracterizadas del sitio de que procedía el primero que los llevó. Así, por ejemplo, los que llevan el apellido Aguirre saben que proceden de sitio un poco alto y despejado; los que llevan el de Mendoza, de sitio montuoso y frío, y los que llevan el de Ibarra, del fondo de un valle.

D. Juan estaba sentado bajo un emparradito del jardín, y se entretenía en apaleaer el aire con una varita que tenía en la mano.

Vióme llegar á la verja y se apresuró á salir á mi encuentro, saludándome por mi nombre, como yo le saludé por el suyo, pues aunque nunca nos habíamos visto, ni uno ni otro dudábamos de quién era aquel con quien nos las habíamos.

Sentámonos bajo el emparrado, y empezamos á conversar con la franqueza de antiguos amigos.

— ¡Es delicioso esto! fué lo único que me ocurrió decir al examinar con la vista el jardín, donde competían en hermosura y fragancia las frutas y las flores.

— Y sin embargo, yo me aburro á veces aquí, en casa, en la villa y en todas partes.

— ¿Por qué?

—¿No ha oído V. decir que cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo mata moscas?

—Ciertamente que lo he oído, y comprendo que el diablo no tenga que hacer, porque los hombres y las mujeres se lo dan todo hecho.

—Pues á mí me sucede algo parecido á lo del diablo: me lo dan todo hecho, y al llegar V. mataba, si no moscas con el rabo, avispas con esta vara. Mire V. cómo lejos de escarmentar en cabeza ajena, acuden á la miel del moscatelillo.

En efecto, las avispas rondaban los dorados racimos moscateles, ó mejor dicho, avispateles que pendían del emparrado.

—Pero, D. Juan, ¿cómo es posible que V. se aburra aquí ni en ninguna parte teniendo amor, salud y pesetas?

—Pues teniendo todo eso se me hace el tiempo eterno, porque casi toda mi vida lo he hecho todo, y ahora me lo dan todo hecho. Se dice que las mujeres son quien más da que hacer á los hombres, y yo puedo decir que mi mujer es quien más que hacer me quita.

—¿Cómo me explica V. eso?

—Muy sencillamente: mi mujer se lo hace todo en el gobierno de la casa y la familia.

—Resérvese V. una parte de ese gobierno.

—No lo puedo hacer en conciencia.

—¿Por qué?

—Porque Mari-Santa lo hace todo mucho mejor que yo

—Sin embargo, por mucho que valgan las mujeres, hay asuntos.....

—No hay ninguno en que mi mujer no me aventaje.

—Ese es el mayor elogio de tan excelente señora.

—Citaré á V. un ejemplo de su acierto y perspicacia aun en aquello en que más incompetentes suelen ser las mujeres. Leandro tiene afición tal á la literatura, que sueña con ir á Madrid á dedicarse exclusivamente á su cultivo.

—Sí, ya estoy enterado de eso.

—En el supuesto de que por el Sr. D. Francisco lo está V. de todo lo que se refiere á nosotros, le hablo á usted de todo como si fuese de nuestros amigos más antiguos é íntimos. Decíamos Mari-Santa y yo: «Quizá dependa la felicidad de nuestro hijo y la honra de nuestra casa de la resolución que con este chico tomemos. Siempre hemos pensado dedicarle al comercio, pero si tiene más afición á otra carrera y es más apto para ella que para el comercio, y en ella no está reñida la honra con la felicidad, harémos un disparate en empeñarnos en que el chico ha de ser comerciante ó industrial y no escritor. Nuestra casa honrada es, y Leandro lo será aunque su nombre no ande en más libros que los de comercio; pero si Leandro es capaz de aumentar su honra y la de su familia siguiendo la carrera literaria, cargo de conciencia será para nosotros el oponernos á que la siga. La dificultad está en averiguar dos cosas esenciales: si el chico es capaz de alcanzar honra en la vida literaria, y si esa vida es á su vez capaz de dar felicidad además de honra.» Yo no encontraba medio de averiguar esto, porque si entre nuestros amigos y convecinos podía haber quien nos dijese si nuestro hijo prometía ó

no alcanzar honra en la vida literaria, no así quien conociese prácticamente esa vida y nos dijese si en ella podría alcanzar también felicidad; pero Mari-Santa, que encuentra salida holgada para todo, la encontró para salir de nuestro atolladero al saber que V. había llegado á Bilbao.

—Procuraré de todo corazón no defraudar las esperanzas de VV. ¿Dónde anda la buena de doña Mari-Santa, que no la veo ni oigo por aquí?

—Ha salido á averiguar vidas ajenas, pero no tardará en volver.

—¿Qué es eso de averiguar vidas ajenas?

—Yo se lo diré á V. Chómin nos vino esta mañana diciendo, muy afligido é indignado:

—«Ya ha hecho la fiera una de las suyas, pues el bergantín *Válganos Dios*, de la matrícula de Bilbao, se ha perdido con toda su tripulación en las costas de Inglaterra, y como su tripulación era olabeaguesa, la ribera de Olabeaga es un mar de lágrimas.» Mari-Santa, después de oír esto y formar coro con el llanto de las mujeres que se creen ya viudas, y de los niños que se creen ya huérfanos, ha ido á Bilbao con Leandro (que en llorar males ajenos se parece á su madre) á ver si puede averiguar lo que haya de cierto en tal desgracia. Aquí tiene V. porque le decía que Mari-Santa se ocupaba en averiguar vidas ajenas.

—¡Bendiga Dios la suya, que tan noblemente se emplea!

—Ya no deben tardar en volver, pues se fueron hace cerca de dos horas.

En aquel instante oímos gritos de mujeres y niños hacia la estrada de San Mames, y subimos al mirador del jardín que la dominaba para ver qué era aquello.

Era que Mari-Santa y Leandro se dirigían á casa escoltados de una porción de mujeres y chicos que los abrazaban y bendecían, llorando de alegría.

Nos apresuramos á salir á su encuentro, y vimos que las lágrimas de alegría se comunicaban á madre é hijo.

Leandro al vernos corrió á explicárnoslo todo: todo se reducía á que en Bilbao, por medio de un telegrama dirigido al *Lloyd* de Londres y contestado inmediatamente, había averiguado Mari-Santa que el *Válganos Dios* había entrado felizmente en Liverpool, fausta noticia que el mismo Leandro se había adelantado á comunicar á las más próximas de aquellas mujeres y niños, tan felices en aquel momento, como infelices poco antes, y Chómin corría á divulgar por la ribera de Olabeaga.

X.

COSAS DE MADRE.

Mari-Santa y Leandro mostraron la mayor satisfacción al encontrarme en Gorostiza.

Detuvimos todos y nos sentamos bajo el emparado.

—Para que la dicha fuera hoy completa, me dijo la buena señora, no nos faltaba más que encontrarle á us-

ted aquí, que es V. un pícaro, pues nos ha hecho desear su venida no sé cuánto tiempo.

—Yo si lo sé, contesté sonriendo, se la he hecho á usted desear cuatro dias.

—¿Cuatro dias nada más? Ya nos vamos pareciendo Leandro y yo á Juan en hacérsenos el tiempo largo, pues los cuatro dias se nos han hecho lo ménos cuatro semanas.

—Gracias por tan bondadosa impaciencia.

—No hay de qué darlas, pues nuestra impaciencia no era bondad...

—Si no, ¿qué era?

—Egoismo.

—Con esos egoismos tropiece uno siempre en el mundo. Pero hablando de otra cosa, celebro que me haya ocurrido venir hoy, pues hoy, como diria Francisco, aunque haya habido nublado y áun lluvia, el cielo se ha vuelto radiante y sereno.

—No se fie V. mucho de serenidades, dijo D. Juan, que de seguro no pasará el dia sin que aparezca alguna nube y áun tengamos chaparron.

—¿Quieres callar, pájaro de mal agüero?

—Pasos de caballo sientos.

—¡Cielos, si será mi padre!

En efecto, pasos precipitados de caballería justificaban en D. Juan el recuerdo de esta salida de pié de banco de un zarzuelista moderno.

Dirigimos todos la vista hácia la verja, y vimos que eran del caballo del médico de la anteiglesia.

El médico nos saludó.

—¿Tan de prisa, D. Cosme? ¿Qué ocurre? se apresuró á preguntarle Mari-Santa con visibles muestras de inquietud.

—Nada, contestó el médico, que en las canteras de Basurto un barreno ha roto las dos piernas á un barrenador, y voy allá...

—¡Jesus, y á eso le llama V. nada! exclamó Mari-Santa llena de dolor.

—Pero, señora, si sucede como quien dice todos los dias.

—¡Tanto peor! ¡Válgame Dios, qué desgracias!

—Señora, no se aflija V. por ellas, que tienen la culpa los mismos barrenadores por su falta de precaucion.

—Pero suponiendo que así sea, ¿serán ménos desgraciados por eso ellos y su pobre familia si la tienen?...

—Lo que es el de hoy, si como me han dicho es Martin el de Gazteluondo, tiene una manada de chiquillos...

—¡Por Dios, D. Cosme, vaya V. corriendo á socorrerle y mande V. por todo lo que se necesite para la cura!

Eran tan justas las abundantes lágrimas que Mari-Santa derramaba por la desgracia que nos anunciaba el médico, que léjos de censurarlas y mucho ménos de burlarnos de ellas, nos sentimos tambien conmovidos.

El médico continuó su camino, y Mari-Santa se fué á preparar hilas y vendas por si el médico mandaba por ellas.

Felizmente, para su tranquilidad y la nuestra, Chómin, que habia seguido al médico por inspiracion propia y como presintiendo que iba á volver con una buena noticia para todos, y particularmente para la señora, vol-

vió poco despues trayéndonos la de que el mismo médico le había dicho que no había fractura alguna, y todo se reducía á que Martin pasase un mes sin poder ganar el jornal.

Al oír esto, Mari-Santa volvió la vista con indecible efusion de alegría hácia el santuario de Begoña, que se descubre desde todo el dilatado, populoso y ameno valle, dominando á la villa, y á su vez dominado de la colina de Artágan.

El nombre de *amá-virgiña*, como iluminado por la santa sonrisa de la gratitud y la alegría que producen el bien ajeno en labios y almas como el alma y el labio de Mari-Santa, fué la única palabra que ésta pronunció al recibir aquella noticia.

— Vaya, dijo D. Juan, recobre el cielo su serenidad, que la tempestad casi ha pasado.

— Sí, casi ha pasado, contestó Mari-Santa sonriendo y ya casi enteramente tranquila. Una manada de chiquillos y un mes sin poder ganar el jornal! Eso con un puñado de pesetas lo remedia el que como nosotros las tiene.

Don Juan estrechó cariñosamente la mano de su mujer, y volviéndose á mí me dijo con entrañable jovialidad:

— ¡Don Antonio, esta pícara me arruina!

El reloj de San Pedro de Deusto, cuyo campanario se alzaba frente de Gorostiza, al otro lado de Ibaizabal, empezó á dar la hora, é interrumpió á Mari-Santa, que empezaba á poner el debido correctivo á la acusacion de D. Juan.

— Son las diez, exclamó la buena señora, y aquí ha-

ceamos penitencia á la una, que es casi hacerla á lo aldeano. Don Antonio, con permiso de V. voy á la cocina á ver si acierto con alguna composicion poética de sarten ó perol, que á V. no le disguste.

— Me gusta ese género poético, y más cultivado por poetas tan sentidos como V.

— Hoy dispongo de V. por completo, y en virtud de este derecho, privo de V. á Juan hasta la hora de comer como castigo de la holganza en que ha pasado la mañana, y pongo á V. á disposicion de Leandro, que merece esta recompensa por lo bien que la ha empleado.

— Señora, el primero que da á V. ejemplo de obediencia soy yo.

Mari-Santa nos dejó solos.

— Qué le parece á V., me dijo D. Juan riendo placenteramente, esta fea que Dios me ha dado por mujer?

— Me parece una fea muy hermosa, le contesté participando de su alegría, y añadí:

— Ea, continúe V. su interrumpida tarea de apalear avispas, que Leandro y yo nos vamos á apalear musas.

Poco despues estábamos Leandro y yo en un lindo gabinete del piso principal de la casa. A primera vista conocí que allí había andado la mano de una madre, y de una madre como Mari-Santa. El gabinete, que estaba contiguo á la alcoba de Leandro, tenía un balcon con vistas á la ria y á Deusto. Sus principales muebles eran un armario de caoba con libros lindamente encuadernados y ordenados, una mesa de escribir, un sillón y algunas sillas de rejilla; pero como complemento de aquel sencillo y modesto mueblaje, había allí una por-

cion de accesorios deliciosos, por lo que significaban.

No tardó el mismo Leandro en confirmar mi sospecha, ó mejor dicho mi seguridad de que allí habia andado la mano de Mari-Santa, pues como viese que llamaban mi atencion todas aquellas pequeñeces, me dijo con visible enternecimiento:

— ¡Cosas de la pobre mamá!

En efecto, cosa de la pobre mamá era la colocacion allí de un cuadrito pintado al óleo por Antonio de Leuona, que representaba á Santa Teresa escribiendo una de sus santamente amorosas poesías, porque sin duda Mari-Santa habia pensado: «Mi hijo tiene aficiones poéticas, y habiendo una gran santa española y poetisa, el poeta español y cristiano debe colocarse bajo su patrocinio, y no bajo el de esas deidades paganas y mentidas, cuya ayuda invocan poetas que de cristianos y españoles blasonan, sin pensar que lo falso no puede ser fuente de inspiracion ni sentimiento.»

Cosa de la pobre mamá eran unas macetas de porcelana con plantas y flores que embalsamaban el gabinete, colocadas en el balconcito, porque mamá, sin duda, habia pensado: «las flores y las plantas odoríferas purifican el ambiente, recrean los sentidos, dan placidez al alma, y dan salud al cuerpo.»

Cosa de la pobre mamá eran otros cuadritos, obra del mismo pintor vascongado, que representaban escenas nobles y heroicas de la historia de Vizcaya, y contenian retratos de vizcaínos ilustres, porque mamá habia pensado sin duda: «El amor de la patria que se fortifica y nutre con el ejemplo de buenas acciones, y el recuerdo

de buenos patricios, es uno de los más santos amores.»

Cosa de la pobre mamá eran, en fin, otros cuadritos que representaban dulces escenas de la vida doméstica, y una porcion de lindas fruslerías que significaban mucho para el que las veia á la luz del sentimiento.

Algun trabajo me costó decidir á Leandro á que me diera á conocer algunos de sus ensayos literarios, pero al fin le decidí á complacerme con el recuerdo de que todos los que con el cultivo de las letras han alcanzado gloria (y me guardé muy bien de añadir dinero), empezaron escribiendo tonterías.

XI.

POETA Y ENAMORADO.

Leyóme Leandro unas cuantas composiciones poéticas, todas ellas amorosas. Le sucedia, como yo habia pensado, lo que á todos los jóvenes que cultivan la poesía, que creen no hay cosa digna de cantarse fuera del amor, y si escriben versos, el amor es el que cantan, y si escriben novelas, el amor es el que idealizan. El amor es, ciertamente, sentimiento muy bello, y fuente muy caudalosa y pura de sentimiento é idealismo; pero generalmente el poeta y el novelista, hasta que dejan de ser adolescentes, no caen en la cuenta de que se pueden escribir versos muy sentidos y buenos, y novelas muy interesantes y hermosas sin el tema obligado de los amorios.

Los versos de Leandro no eran puramente versos, como